

Sena. Así trataban los magnánimos descendientes de Rómulo al hermano de aquel bárbaro, que habiendo recibido de Magnon el cadáver del vencido Sempronio Graco, en vez de hacerlo pedazos, como se lo aconsejaban sus soldados, lo honró con magníficas exequias, y envió sus huesos al campo romano.

No quedaba, pues, mas recurso á Aníbal que mantenerse á la defensiva, aprovechándose de las posiciones que le ofrecían los Abruzos, insuperables cuando los ocupan hombres; y fué tan admirable su prudencia en los desastres, que alcanzó á mantener á raya á los enemigos, los cuales no osaron atacarlo aun cuando estaba maltratado y desordenado. Su ejército ademas, compuesto de mercenarios y de allegados de toda clase de lenguas, de religión y de costumbres, no le perdió el respeto, como fácilmente acontece al faltar la fortuna; y aunque rechazado á los extremos de la Italia, que poco ántes habia recorrido vencedor, y careciendo de pagas y frecuentemente de víveres, no se le amotinó. Cartago intentó otra vez enviarle socorros, haciendo desembarcar en Génova á su hermano Magon con catorce mil hombres; este intentó atraer á su favor á los Ligurios, y habiendo aumentado sus fuerzas, entró en la Galia, adonde se mantuvo mucho tiempo hasta que vencido, fué llamado á Cartago. También expidió Cartago á Hamilcon á la Sicilia; pero la guerra se arrastraba lentamente, como cuando ninguna de las partes quiere dar un golpe decisivo. Escipion era el que debía darlo.

La marcha de Asdrubal le habia facilitado la sumision de toda la España cartaginesa hasta Cádiz, y sus constantes victorias le habian valido el honor de ser elegido cónsul ántes de la edad requerida. Creyendo que no se podria terminar la guerra sino por medio de un desembarco en África, habia contraído ya alianza con Sifaz, rey de Numidia; pero los generales veteranos de Roma, fuese por prudencia ó envidia, se le opinian, de tal modo que con dificultad obtuvo treinta galeras (1). Á la escasa voluntad del Senado suplió el ardor de los Italianos, ávidos de libertarse de las perennes devastaciones de las bandas de Aníbal, cuando ya no esperaban de él la prometida emancipacion. Los Etruscos sacaron de los arsenales las armas y los aparejos, abundantísimo resto de su antigua grandeza; Populonia suministró el hierro; Tarquinia las telas; Arezzo treinta mil escudos, celadas, dardos y picas, cincuenta mil astas largas, y cuantas hachas, haces, vasos para el agua y ruedas de molino se necesitaron; los de Clusio, Perusa y Rosea ofrecieron los abetos; de manera que Escipion, mientras fingia estar embriagado en la molicie y los placeres, reunió en Sicilia un poderoso armamento, con el cual desembarcó en África.

Escipion en África. 204.

(1) APIANO dice solo diez, aprovisionadas únicamente por medio de donativos voluntarios. Χρήματα οὐκ ἔδωκαν πλὴν εἰ τις ᾔθελε τῶ Σκιπίωνι κατὰ φίλαν συμπερίειν.

Sorprende que Cartago no se opusiera á aquella expedicion; pero habia conseguido atraer á su partido á Sifaz, por instigaciones de Sofonisba, hija de Aníbal Giscon, que empleaba su belleza en crear enemigos á Roma. Escipion los destituyó, y restableció en el trono de Numidia á Masinisa, poderoso caballero, que á los ochenta años cumplidos todavia podia sufrir un dia entero de fatiga á caballo. Anhelando este vengarse de la pérdida de su reino, contribuyó no poco á la victoria que al fin alcanzó Escipion; tuvo en su poder á Sifaz y le quitó á Sofonisba, cuyas gracias pudieron tanto sobre el viejo, que se casó con ella. Despechado Sifaz, hizo entender á Escipion que aquella mujer arrastraria á Masinisa á la rebelion, como le habia arrastrado á él. El Romano la reclamó por tanto al rey númida, el cual monta á caballo, presenta á Sofonisba la copa envenenada, y se aleja. Gracias por el regalo nupcial, exclama la intrépida esposa, y bebe. Masinisa mostró el cadáver á los Romanos que fueron á reclamarla, y Escipion cifió á su frente la diadema merecida por aquel asesinato.

Sofonisba.

203.

Estrechada así de cerca Cartago, llamó de Italia á Aníbal y Magon. ¡ Con qué despecho dejaba Aníbal el hermoso país por tanto tiempo codiciado! Diez y seis años lo habia recorrido, robando y talando, arruinando á enemigos y amigos, exterminando á las familias infieles, ó que le inspiraban temor, ó de cuyos bienes tenia necesidad para mantener sus mercenarios. Todavía, á punto de abandonarlo, bajo pretexto de visitar las guarniciones de las fortalezas aliadas, envió sus comisarios á caza de ciudadanos y á saquear casas y tesoros; y porque los pueblos se opusieron á estas depredaciones, hubo nuevas violencias y sangre. Hubiera querido llevar á África unos veinte mil Italianos que militaban bajo sus banderas; pero no accediendo á ello sino los reos de delitos capitales, hizo á aquellos esclavos de estos; y porque se avergonzaban de convertirse en carceleros de sus propios hermanos, los reunió con cuatro mil caballos y bastantes bestias de carga, y á todos los pasó á cuchillo (1).

Vuelta de Aníbal al África.

¡ Tales eran las huellas que dejaba Aníbal de su paso (2)! Apénas vió Cartago al gran general, recobró la audacia; y faltando á la tregua establecida, maltrató algunas naves romanas impelidas por la tempestad, é intentó despedir de mala manera á los embajadores romanos que habian ido á reclamar contra este hecho. Aníbal, sin embargo, no tenia prisa por vencer, y cuando lo incitaban á la batalla, respondia que cuidase cada cual de lo que fuera de su incumbencia, porque el estarse quieto ó moverse era negocio exclusivamente suyo. Avistándose con Escipion, le propuso cederle la Sicilia, la Cerdeña y la España; pero el general romano

(1) Diodoro refiere este hecho en los fragmentos; tambien lo refiere Apiano; pero Tito Livio lo calla, como otros muchos. (2) Entre Catanzaro y Crotona está la Torre de Aníbal, donde es tradicion que se embarcó.

no aceptó estas condiciones. Entonces se dió la batalla en Zama; y aun cuando los Celtas y los Ligurios, que componian la tercera parte del ejército púnico, combatieron con el odio propio de la raza gala contra la romana (1), fué vencido Aníbal.

Entonces prevalecieron los negociadores, y arreglaron la paz con estas condiciones: que conservaria Cartago su territorio y su gobierno, entregando todos los elefantes y las naves, excepto las trirremes; que pagaria en cincuenta años diez mil talentos; que no emprenderia guerra alguna sin el consentimiento de Roma; que restituiria á Masinisa cuanto sus antepasados habian poseído, y que daria á los Romanos cien rehenes.

Era esta una de aquellas paces que violan la soberanía de un pueblo. Cartago vió arrebatados por los Romanos los quinientos bajeles con que no habia sabido impedir el desembarco de Escipion, y colocado á sus puertas el inquieto Masinisa, que incesantemente se habia movido en su daño, mientras que ella no podia declararle la guerra. Cuando el embajador cartagines fué á Roma á solicitar la sancion del tratado, un senador le preguntó: ¿Á qué dioses llamaréis ahora por testigos, vosotros que á todos fuisteis perjuros? Y el Cartaginés contestó: Llamarémos á los que nos han castigado con tanta severidad. ¡De tal manera se sentia Cartago degradada!

El despecho de la humillacion hizo que recobrase su influencia Aníbal, que se halló de pié cuando todos estaban postrados. Seis mil quinientos mercenarios, avezados con él á vencer y robar en España é Italia, lo constituían en déspota de la desarmada Cartago, por lo cual se hizo nombrar sufeta, y principió la reforma. Viendo que la Gerusia se habia arrogado un poder tiránico sobre los bienes y las personas de los ciudadanos, redujo las magistraturas de perpétuas á anuales; burlábase de aquellos mercaderes que al haber de pagar el primer plazo del tributo romano, lloraban mas que al ver el incendio de la escuadra; mejoró la administracion de la hacienda, pagando las deudas antiguas, haciendo volver al fisco lo mal tomado, y mostrando que la represion de los concusionarios era aun mas útil que un tributo nuevo: por último, ocupó á los soldados ociosos en plantar olivos, esperando con la agricultura y el comercio vigorizar á la aniquilada Cartago, á la cual deseaba convertir en centro de una gran liga contra Roma.

Reformas de Aníbal.

CAPÍTULO X

Guerras de Roma en Europa y en Asia.

Pero Roma tenia el audaz vigor de una insigne victoria. Si en la guerra contra Aníbal vió

(1) Το τρίτον τῆς στρατιᾶς Κέλτοι καὶ Λίγυες. La tercera parte del ejército se componia de Celtas y Ligurios. APIANO, Gallia proprio atque insula in Romanos odio incenduntur. Livio XXX, 33.

talado el país, se habia asegurado no obstante el dominio sobre toda la Italia, sobre los mares y sobre florecientes provincias. En el interior se habia adquirido el Senado la preponderancia que es natural en tiempos de guerra, y con esta queria conservarla. El brazo de los bravos era dirigido por el juicio de los cuerdos, y mientras el arte militar habia decaído en otros países viniendo á parar á manos de gente mercenaria, ó rigiéndose por el impetu irracional de la plebe, ó bien por el capricho de los tiranos, en Roma, no tanto consistia en ganar batallas, cuanto en preparar poco á poco las victorias con la intervencion pacífica, con los manejos fraudulentos y con la artificiosa constancia en evitar ó destruir cuantas alianzas oponian á sus conquistas la rivalidad ó el amor á la independencia.

Muy diversos enemigos hallaba Roma en Oriente y en Occidente. La España, que desde el año 206 formaba dos provincias romanas, la Citerior y la Ulterior, doblegada, pero no destrozada, se revolvia contra su señora con la férrea constancia de aquellos indomables caracteres; y habiendo aprovechado una ocasion para sublevarse, exterminó al pretor Sempronio Tuditano y á su ejército.

España.

En la Galia Cisalpina habia dejado Magon á otro Amílcar Cartagines, experimentado guerrero, que preferia vivir inquieto entre los enemigos de Roma á la indecorosa paz de Cartago, y el cual enardeció tanto á los Cisalpinos, que los Boyos, los Insubrios, los Chenomanos y los Ligurios se coligaron, incendiaron la colonia de Plasencia, y amenazaron á Cremona; pero junto á los muros de esta fueron vencidos por Lucio Furio, y el mismo Amílcar pereció combatiendo. En los años siguientes se peleó por una y otra parte con vária fortuna, hasta que resuelta Roma á llegar á un término, envió tropas á invadir primero la Liguria, y luego la Insubria, y lo que importó mas, ganó á los venales Chenomanos, que en lo mas vivo de la pelea desertaron de su partido por el de los Romanos, é hicieron completa la derrota de los Galos. No obstante esto, ni los Boyos, ni los Insubrios quedaron sometidos, y solo después de terribles batallas tomó Claudio Marcelo á Como y veintiocho castillos al rededor, llevándose inmensos despojos á Roma.

200.

197-196.

En los años sucesivos, fueron enviados á la Galia tres ejércitos, los cuales con el encarnizamiento nacional causaban tal desolacion, que algunos de los mas ricos buscaban refugio entre los mismos Romanos, encontrando con frecuencia ultrajes horrendos. Un bardaje de Quincio Flamínio se quejaba de haber abandonado á Roma por seguirlo la víspera de un combate de gladiadores, cuyo espectáculo le era muy grato. Estando, pues, á la sazón en la mesa rivalizando unos con otros en desenfreno y lujuria, anuncian á Flamínio la llegada de un jefe boyo con su familia, el cual introducido, expone su situacion, y pide proteccion y hos-

192.



pitalidad. Un pensamiento horrible le ocurre á Flaminio, y volviéndose á su amante, le dice: *Tú me has sacrificado el placer de un combate de gladiadores; yo te lo recompensaré haciéndote ver la muerte de estos Galos.* Dicho esto, blande la espada, y se precipita sobre el Galo, que invocando inútilmente la fe divina y humana, es muerto con su familia. Solo al cabo de ocho años, durante la censura del severo Catón, se exigió á Flaminio la responsabilidad de este crimen.

Si así obraba el cónsul, puede pensarse cómo procedería la soldadesca, y á cuál de las dos partes conviene el título de bárbara. Escipión Nasica en un día dió muerte á veinte mil Boyos, é hizo prisioneros á tres mil. Solicitando el honor del triunfo, se alabó en el Senado de no haber dejado vivos en aquel país mas que á los niños y los ancianos, y en la ceremonia hizo marchar mezclados con los caballos á los mas nobles prisioneros galos, él, que habia sido premiado como virtuoso. En aquella ocasion llevó al tesoro mil cuatrocientos setenta collares de oro, doscientas cuarenta y cinco libras de este metal, dos mil trescientas cuarenta de plata en barras y en vasos de hechura gala, y doscientas treinta mil monedas. Enviado despues á completar su obra, ocupó á mano armada el territorio confiscado; pero tal horror produjeron las insignias romanas, que los pocos restos de ciento doce tribus boyas prefirieron emigrar, situándose en las confluencias del Danubio y del Sava, y el nombre de Boyos, Lingones y Anamanos desapareció de Italia. Entónces se repoblaron las colonias de Cremona, Plasencia y Módena; fundáronse las nuevas de Parma y Bolonia; los Insuorios se resignaron al yugo; los Chenomanos obtuvieron el premio de su perfidia; tambien los Venetos cedieron, y los Ligurios resistieron aun largo tiempo al latrocinio romano, siendo sometidos despues á viva fuerza.

Así, al cabo de cuatrocientos años, durante los cuales, desde Beloveso habian poseído los Galos la Alta Italia, se formó de este país la provincia galo-cisalпина ó togada; y Roma declaró, que la naturaleza habia colocado los Alpes entre la Italia y los Galos, amenazando á estos con su ruina si osaban traspasarlos.

La opresion sublevó aun todavía en distintas ocasiones á los Galos cisalpinos, y señaladamente á los Salasios, que habitaban hácia las fuentes del Po. En una de estas insurrecciones derrotaron á Apio Claudio Pulcro, el cual no obstante restableció su superioridad despues de haber reanimado el valor de los soldados con ceremonias sagradas. Cuando solicitó los honores del triunfo, se le negaron, y porque á pesar de la prohibicion queria celebrarlo, un tribuno le impidió la entrada en el Capitolio; pero su hija, que era vestal, subió con él al carro, de manera que ninguno se atrevió á oponersele; y todos alabaron á la jóven, y maldijeron á su padre.

En cuanto al Oriente, ya hemos visto las turbulencias y enemistades que agitaban así á los pequeños é inquietos Estados de la Grecia, como á los mayores del Asia. La Macedonia y la Siria se coligaron contra el Egipto, y este recurrió á los Romanos, cuya amistad ambicionaban tambien el rey de Pérgamo, Ródas y la Liga etolia. La Etolia y Ródas, tan pobres en fuerzas como orgullosas en pretensiones, presumian la primera compararse con Roma, y la segunda conservar el equilibrio entre esta y la Macedonia. Bajo el barniz de la urbanidad, de las letras y de las artes, se ocultaba en todas las naciones una inmensa corrupcion. Las guerras mortíferas habian dado origen á gobiernos inmorales é inicuos: mas para que los Estados puedan ser injustos, necesitan ser fuertes; y estos, por el contrario, eran pequeños ó dependientes; y aun los mayores, compuestos de elementos heterogéneos y propensos siempre á descomponerse, no se regian sino con el auxilio de tropas europeas, enervadas por la molice y las delicias del Asia.

Filipo III de Macedonia habia dictado en pacto la paz á los aliados, para disponerse á la guerra y organizar contra Ródas y el rey de Pérgamo una marina que protegiese las costas de la Tracia, único punto por donde era posible aproximarse á la Macedonia. Llamado por la Liga aquea contra la Etolia, habria podido, como jefe de la Grecia, unir á entrambas contra los Romanos; y los veintiocho Estados griegos, poniéndose bajo la autoridad militar de la Macedonia, habrian sido bastante fuertes para ofrecer resistencia á la conquistadora; pero estos temian la restauracion de la dominacion antigua; Filippo mismo, si bien astuto político y de blando carácter, habia sido corrompido por los aduladores; y en vez de atraerse la amistad de los dos partidos, los disgustó con bajos delitos, deshonorando á la familia de Arato, mandando dar á este un veneno mientras era pretor de los Aqueos por la décimaséptima vez; intentando asesinar á Filopémenes, y tomando por traicion á Itome; todo lo cual obligó á los Etolios y Espartanos á pedir auxilio á los Romanos contra él.

Con esto tuvo ya Roma uno de aquellos pretextos que buscaba siempre para asumir la proteccion de los débiles, con objeto de tener razon para hacer la guerra á los fuertes cuando lo juzgase oportuno. El pueblo romano, cuando despues de diez y seis años de lucha oyó que se le proponia una nueva expedicion contra Filippo de Macedonia, se mostró contrario á la proposicion, y treinta y cinco tribus la desecharon; pero importaba al Senado conservar con la guerra el poder dictatorial que con ella habia adquirido, y ademas hacer que los indóciles hijos de los antiguas plebeyos, que aun se acordaban del Aventino y del monte Sagrado, pudiesen combatiendo, é hiciesen lugar á los Latinos, Italiotas y libertos, gente nueva y flexible. Y el voto del Senado prevaleció en

efecto, rompiéndose las hostilidades con arreglo al sistema acostumbrado de atacar al enemigo en el corazon; pero las ásperas montañas que servian de valladar á la Macedonia, defendidas por la infanteria de Epiro y la caballeria tesalia, hicieron que costase cara á los Romanos la tentativa.

Mejor sistema fué el de Tito Quincio Flaminio, uno de aquellos hijos de la guerra á quien el hábito de los campamentos habia amaestrado para planes políticos; leon ó zorra, segun la necesidad, y que sabia valerse de los pueblos y de los particulares para llegar á su fin. Sus predecesores solian consumir casi todo el año del consulado en gozar de los honores civiles, emprendiendo la guerra luego en el último período, con objeto de que para llevarla á cabo se les prorogase el mando: Flaminio, por el contrario, despreció las preeminencias de la ciudad, y se encaminó derechamente á la guerra, despues de haber elegido muchos de aquellos que á las órdenes de Escipion se habian adiestrado contra Anibal y Asdrubal.

Conociendo desde luego que la Grecia era el arsenal, el granero y el tesoro de Filipo, pensó en dirigir á esta sus primeros ataques; sin embargo, no la atacó con las armas, sino que dando el ejemplo que despues siguió Buonaparte cuando gritaba desde Cherasco: *Pueblos de Italia, venimos á romper vuestras cadenas; nuestros enemigos son vuestros tiranos*, principió prometiendo la libertad, diciéndose enviado de una república á restablecer la república en toda Grecia; y excitando á los Griegos á recordar las hazañas de sus mayores y á imitarlos. Los Griegos lo creian, él se reía y obraba.

Habiéndose dirigido hácia Tébas con la idea de apoderarse de ella, salieron á recibirlo los principales ciudadanos. Flaminio les acogió con grandes demostraciones; los abrazó, y conversando amistosamente, siguió su camino, hasta que entró con ellos en la ciudad, la ocupó y ahogó la libertad, mal conservada por las Comunidades beocias. Abrióse luego un traidor el paso de la Macedonia, y aprovechando la ocasion Flaminio, arrancó el Epiro de la dominacion de Filipo, mientras los Aqueos negaban sus auxilios al rey que no se los habia prestado ántes. La Fócide, la Eubea y la Beocia se separaron en seguida de la alianza del Macedonio; las ciudades grandes de la Tesalia, disgustadas porque con el pretexto de defender el país habia arruinado á las pequeñas, se entregaron á los Romanos; y Filipo, que habia ocupado el trono en ocasion tan oportuna para restaurar la Grecia y el nombre macedonio, se vió envuelto en una política enteramente nueva, y se dejó dominar por ella, procediendo á la ventura y mostrándose alternativamente humilde y despótico, temerario y desalentado. Flaminio le presentó la batalla, y la terrible falange macedonia se halló al frente de la legion romana. Aquella era robustísima, teniéndose diez y seis filas de espesor, por lo cual era seguro su efecto en las llanuras y con pueblos que se fiaban solo de la caballe-

ría; al paso que la legion romana era tenue, pero mas flexible, de modo que se adaptaba á los diferentes terrenos. Los Romanos podian esquivar las posiciones convenientes para la falange; pero esta difícilmente podia evitar las que convinieran mas á los Romanos. Conociéndolo así Flaminio, trató de atraer á los Macedonios á punto donde no les sirviese de nada su compacto vigor, y aceptó la pelea junto á las colinas de los Cinocéfalos, cuyas desigualdades descomponian la union de la falange, y así entre los huecos de esta penetró la móvil y divisible legion romana, que destruyó la táctica antigua.

Entónces Filipo pidió la paz. Los Etolios, á quienes por lo pactado debian corresponder todas las ciudades tomadas, insistian en que el rey fuese aniquilado; pero Flaminio, que deseaba impedir la preponderancia de estos, expuso que sería perjudicial destruir aquella barrera contra los Tracios y los Galos; habló de humanidad, de generosidad y del respeto debido á los vencidos, y añadió que Roma se consideraba satisfecha con haber libertado á la Grecia. Por tanto, las condiciones de la paz fueron: que los diferentes Estados de Asia y Europa continuasen independientes; que Filipo retiraria de ellos sus guarniciones; que entregaria toda su escuadra, no conservando mas que quinientos marinos armados; que no emprenderia ninguna guerra fuera de la Macedonia sin el consentimiento de Roma; que pagaria mil talentos y daria en rehenes á su hijo Demetrio.

De esta suerte perdieron los Etolios el fruto de la victoria que habian proporcionado á los Romanos; y si bien despechados descubrieron á los Griegos los disimulados designios de Roma, y predicaron que no era libertad llevar cadenas mas ligeras y tener al cuello las que ántes se tenian á los pies, los Griegos creian mas bien á Flaminio que hablaba y escribia fácilmente su lengua, componia epigramas contra los Etolios, y suspendia en Délfos un escudo, cuya inscripcion habia descendido á los Romanos de Enéas. Presidiendo luego los juegos ístmicos, hizo publicar por un heraldo este decreto: *El senado y el pueblo romano, y T. Q. Flaminio, procónsul, vencedor de Filipo y de los Macedonios, declaran libres é inmunes á los Corintios, Focenses, Eubeos, Locrenses, Ftiotas, Magnesios, Aqueos, Tesalios y Perrebios.*

¿Quién es capaz de describir la alegría de los Griegos al oír que se les regalaba la libertad? Hicieron repetir la lectura del decreto, creyendo apenas á sus propios oídos; y fueron tan vivas sus aclamaciones, que, segun dicen, cayeron aturdidos del cielo los cuervos. Flaminio estuvo casi á punto de perecer entre abrazos, convites, regocijos, odas y epigramas (1); se dedicaron

(1) *Huc tulit arma olim Xerses à Perside; eodem Huc Titus arma tulit nuper ab Ausonia. Ille jugum cupiens Grajis imponere: Grajam Imposito cupiens colla levare jugo.*

Avól. I, 5, 21.